

Sueños de Verano

Surfear por la red nos hemos encontrado con estos dos relatos que os invitamos a leer. *¿Con cuál te quedas?*

Sueño de verano

Soñé que nuestra santa Iglesia era una inmensa y preciosa parcela. Sobre ella muchísimas personas y grupos se afanaban por encontrar el agua que mana hasta la vida eterna. Unos medían, otros proyectaban, otros dirigían, algunos excavaban. Había quienes teorizaban sobre la naturaleza del agua y la tierra a perforar. Todos iban y venían, se agitaban, discutían, competían por el lugar exacto del manantial verdadero.

Pero... todos pasaban sed, todos estaban insatisfechos. Algunos, más avanzados y pudientes, se habían procurado unas enormes máquinas. Con ellas -decían- seremos más eficientes y alcanzaremos el agua sin tardar. De pronto se oyó un silencio imponente. Y una voz suave se expandió como un perfume:



“Buscáis, os esforzáis, pero no encontráis porque habéis desorientado la búsqueda. “El reino de los cielos está dentro de vosotros” (Lc 17,21). Es dentro de vosotros donde mana el agua. ¿No lo recordáis? “El agua que yo le daré será, dentro de él, manantial que salta hasta la vida eterna” (Jn 4,14). Si cada uno venciese su miedo a la oscuridad interior y agujase su manantial, no pasaríais sed. Si cada uno se atreviera a dejarse brotar, os empaparíais unos a otros, os refrescaríais, os fortaleceríais. Los católicos de hoy juzgáis mucho pero os abrazáis poco, os comunicáis poco y os mostráis aún menos. Sin embargo, la luz se os ha dado para ponerla sobre el candelero y el agua para regeneraros mutuamente”.

Me desperté y me inundó aquella frase: “Una sola cosa es necesaria” (Lc 10,42). No he logrado quitarme de encima ni el sueño ni el despertar.

El sueño de una noche de verano

Esta noche he tenido un sueño maravilloso y de larga duración. Os lo voy a contar.

Primero vi a un cardenal de nuestra Santa Madre Iglesia que declaraba que ningún sacerdote de su diócesis podía defender el aborto y menos ayudar a que se pueda realizar y que si alguno lo hiciera que se atenga a las disposiciones canónicas pertinentes.

Después vi a un obispo que con casco en vez de mitra se encaramaba a un andamio adosado a los muros de una iglesia. En lo alto, un alcalde se disponía a borrar unos nombres. El obispo, cuando llegó a su altura, le dijo: Alcalde, llevate tu andamio al ayuntamiento y allí borras o pones lo que te dé la gana pero mis iglesias no las tocas. Si me has tomado por el pito del sereno te has equivocado. Yo no voy a ser menos que otro hermano mío en el episcopado que ha denunciado a otro colega tuyo que se creyó que la iglesia era suya. Y a tu ayuntamiento le puedes llamar así o concejo, concello, ayuntamiento o como te dé la gana pero el nombre de mi diócesis es cosa mía.

Luego, todos los obispos españoles, reunidos en Asamblea plenaria manifestaron a los católicos de España que, secundando la voluntad de Benedicto XVI, de quienes se consideraban fidelísimos hermanos, decidían que en todas las catedrales de nuestra nación se celebrara todos los domingos una misa según el rito extraordinario y en hora no intempestiva. Y que a partir de ese momento en todas las iglesias españolas se impondría no sólo el pro multis sino también el consustancial, los hombres de buena voluntad y alguna cosa más. Y que se repondrían asimismo los comulgatorios para que todos los fieles que quisieran pudieran comulgar de rodillas.

También vi en el sueño a numerosos teólogos, vestidos con los hábitos de sus institutos y de sotana o clergyman los seculares, que manifestaban su fidelidad al magisterio y a los obispos y que después todos juntos recitaban el Credo como expresión de su fe.

Y a un sacerdote, de fisonomía vasca y algo ruda, que expresaba su reconocimiento a los obispos por haberle hecho ver que en un texto suyo había expresiones no concordantes con la fe de la Iglesia o que no la transmitían bien y que desde ya las rechazaba y las daba por no expresadas.

Asimismo un grupo importante de obispos declaraba que desde ese momento desaparecían de sus diócesis las absoluciones colectivas y que si alguien osaba reincidir en su práctica quedaba destituido de su ministerio.

También vi a cinco obispos que me parecieron de Galicia porque se expresaban en castellano y gallego que declaraban suprimidas en sus diócesis las Romaxes mientras no les garantizaran que la Eucaristía se iba a celebrar conforme dispone la Iglesia.

Y a muchísimas monjas, todas con sus respectivos hábitos, proclamando su adhesión a la Iglesia, al Papa y a los obispos.

En una parroquia que me pareció madrileña pues creí reconocer la Avenida de la Ciudad de Barcelona vi como tres sacerdotes celebraban misa con extraordinaria unción sacerdotal que transmitían a todos los asistentes.

Estaba yo feliz con ese sueño maravilloso, deseando que nunca terminara, cuando algo me despertó. Y comprobé que desgraciadamente todo era un sueño. Y los sueños, sueños son.

[Francisco José Fernández de la Cigoña](#)

Ciudad Redonda

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/sueos-de-verano